



Estoy un poco desorientada.

No sé bien como dar arranque a esta carta.

Durante ya varios años que he tratado de ser constante al compartir mis reflexiones y justo ahora, no sé de qué hilo prenderme para empezar a hilvanar mis sentires.

Será que siempre lo he hecho de forma abierta con un tono más práctico y de denuncia; y el ejercicio de hablarte directamente, me deja completamente expuesta.

Es que ese es un juego muy íntimo, que sólo conocemos tu y yo.

Es un juego donde las palabras sobran y la sensibilidad se mantiene sostenida y a flor de piel. Es ese comunicar profundo que sólo necesita de una mirada para descifrarse. Y esa mirada compartida, punzante, a veces desafiante e infinita, habita en mí.

Qué sería de nosotros si pudiésemos verbalizarlas. Si pudiéramos discutirla y lograr encontrarnos también en el desencuentro. Conocernos en la ternura, en la piel.

Descubrirnos en el habitar colectivo, el aprender mutuo, en la esfera creativa, el universo de las ideas, el trueque musical y de los buenos libros. Compartirnos y admirarnos desde el desacuerdo y la singularidad de cada uno.

Y curiosamente, aquí estás acompañándome en mis introspecciones y habitando permanentemente en mis creaciones, viajando conmigo en mi propia odisea de la diáspora.

Por qué ellos no entendieron jamás lo profundo que es el vivir. Que no hay corvo ni metraca, que sea capaz de desarraigar la vida.

No lo entendieron entonces y lo siguen sin entender ahora.

Tu búsqueda y lucha inagotable por la horizontalidad, la vida digna y justa sigue vigente, latente en la acción comprometida de tantas y tantos que ahora se movilizan como un solo cuerpo, exigiendo incansablemente los derechos que debiesen ser los cimientos de un buen vivir transversal e inclusivo.

Tu generación, junto con la de nuestras madres, padres y la nuestra; tejen una triada esencial, revestida en memoria, impulsada por la historia que marcó sus- nuestros cuerpos y ahora nos impulsa a seguir creando desde una hermosa diversidad de trincheras.

Aunque la justicia se delate irrazonable y el genocidio aún se deleite con su danza de la impunidad siniestra, la vida sigue siendo nuestro gozo.

La comunidad y la calle siguen siendo nuestra.

Y nosotros, juntos, abuelo y nieta, podemos seguir brindando con y por ella.

Camila Anaïs Guerrero Aliaga.

Nieta de Manuel Guerrero Ceballos